

EL RELATO POLÍTICO EN EL PRIMER AÑO DEL GOBIERNO DE PIÑERA

Robert L. Funk

Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile
rofunk@iap.uchile.cl

El artículo busca explicar las particularidades del relato político del gobierno de Sebastián Piñera durante su primer año. Al utilizar como punto de partida las críticas que el gobierno recibió por parte de importantes líderes de la alianza gobernante, el trabajo explora los factores que han permitido dicha crítica interna. Para esto se examina la relación entre los marcos conceptuales que orientan el trabajo del gobierno, y la figura del Presidente. Se sostiene que uno de los principales problemas del gobierno es la falta de conexión entre el relato político y en las características específicas del estilo del liderazgo presidencial.

Palabras Clave: relato político, liderazgo, Alianza por Chile.

THE POLITICAL NARRATIVE IN THE FIRST YEAR OF THE PIÑERA GOVERNMENT

The article seeks to explain the particularities of the Piñera government's political narrative. The piece explores the factors which explain the criticism the government has received from important members of the governing coalition. To do so, it examines the relationship between the president and the conceptual frameworks which lie behind the government's performance. It argues that one of the government's main challenges is the disconnect between the political narrative and the specific characteristics of the president's leadership style.

Keywords: political narrative, leadership, Alianza por Chile.

La campaña presidencial estadounidense de 1992 se realizó en medio de una recesión. Por esa razón, el equipo de Bill Clinton puso un cartel en su sede que declaraba *'It's the economy, stupid'*, resumiendo de forma coloquial la estrategia de la campaña: de recordarles a los trabajadores de campaña que su tarea principal era enfatizar el mal manejo económico de George Bush padre. Pero también era un resumen de un concepto muy trabajado desde la ciencia política, que es el voto económico. Las personas supuestamente votan en contra de incumbentes que presiden en tiempos de vacas flacas, y apoyan a presidentes durante períodos de crecimiento económico, altos niveles de empleo, etc. (Downs 1957; Kinder y Kiewet, 1979).

Es por eso que a algunos políticos les extraña que el actual gobierno chileno no ha logrado traducir los altos niveles de crecimiento –lo que conlleva a la creación de nuevas fuentes laborales– en niveles de apoyo popular igualmente elevados. A pesar de que en marzo de 2011 el IMACEC fue de 15,2% y en abril fue un 6,3%, y la tasa de desempleo de un 7,3% (ver Banco Central, 2011), la evaluación que ha tenido el Presidente y el gobierno en general no ha experimentado un aumento proporcional. Si se toman como referencia los resultados de aprobación y rechazo a la gestión del Presidente, se aprecia que en noviembre del 2010, la aprobación fue de un 50% y el rechazo del 36%. Sin embargo desde ese mes hasta la fecha, los resultados irían en descenso, siendo el mes siguiente la primera vez que el apoyo cae bajo la línea del 50% manteniendo una distancia muy disminuida con la desaprobación (4%). En enero del 2011 hay un cambio en las curvas, y por primera vez, desde que asumiera el Presidente Piñera, la desaprobación de la gestión supera a la aprobación con un 46% y 41% respectivamente, llegando en mayo de este año a los niveles más bajos de aprobación con apenas un 36%, contra un 56% de desaprobación. La misma suerte corrió la evaluación del gobierno que para mayo de este 2011, mantiene los mismos niveles de aprobación y desaprobación que tiene el Presidente¹.

Según Pablo Longueira (uno de los líderes más importantes de la Alianza por Chile), el problema que origina esta situación radicaba en una falta de 'relato', desatando una interesante discusión en cuanto a este tema, donde algunos concordaban con el senador, mientras otros descartaban la necesidad de un relato en la medida que los resultados (en materia económica u otra) fuesen positivos. Planteó que en la Concertación fueron capaces de construir un relato que representaba el referente político: el *concertacionismo*, que tuvo distintas etapas, primero fue 'Gana la gente'

¹ Encuesta mensuales de Adimark. La única excepción de la evaluación del desempeño del gobierno es en julio del 2010 cuyo resultado de aprobación fue de un 49% frente a un 40% de desaprobación.

(con Aylwin), luego fue ‘Crecimiento con equidad’, que era un concepto, y englobaba una línea ideológica². Agregó que “Cuando la Presidenta Michelle Bachelet decía: ‘en mi gobierno voy hacer la protección social’ todo era en aras de un concepto, entonces era muy fácil para la gente entenderlo. Entonces, cuando el ministro de salud inauguraba algo era en ‘aras de la protección social’”³. En este sentido el relato no pasa sólo por llevar a cabo el programa de gobierno, sino más bien por cómo son capaces de hacer que la gente se logre identificar con el gobierno a partir de una idea de la sociedad que se pretende construir. El relato que haría falta en la actualidad se podría ver reflejado en “pequeños conceptos” pero que reflejaría una visión de sociedad que es diferente a la de la Concertación, y que es concebida y compartida por toda la coalición de centro-derecha, permitiendo la continuidad de ésta en el gobierno en la medida que el electorado comparta la visión.

Sin embargo, es evidente que ni un relato solo, ni ‘hacer las cosas bien’ sin relato serían suficientes. Este último porque supone que si un gobierno “hace las cosas bien”, que i) todo el mundo lo sabrá, ii) todo el mundo entiende lo mismo por “hacer las cosas bien”, y iii) asume, al igual que el actual gobierno, que lo único que le interesa al votante es que el gobierno haga las cosas bien. No hay espacio, en esta visión, para la representación, la visión, la ideología, el nacionalismo, o incluso el altruismo. Simplemente todo se reduce a la gestión.

La realidad política, y los estudios académicos sobre relatos políticos, demuestran claramente que esto no es así, porque las personas no solamente esperan más de un gobierno, sino que además interpretan de distintas formas lo que éste hace. No existe una sola versión de la verdad. No hay que ir más lejos que nuestra propia historia reciente –cómo compiten los relatos sobre el gobierno de Allende y/o el gobierno de Pinochet– para entender la importancia que tiene la manera en que se cuenta el cuento. Los trabajos presentados en este seminario así lo demuestran.

Pero para comprender qué es exactamente lo que hace falta, es pertinente entender a qué se refiere el concepto de relato.

La literatura especializada nos sugiere que los relatos son, en el fondo, mecanismos para simplificar situaciones o ideas complejas. White (1980) plantea que el discurso

² Detalles ver: Cooperativa, noticia correspondiente al 11/04/2011 http://www.cooperativa.cl/longueira-el-presidente-pinera-y-el-gobierno-no-tienen-un-relato-politico/prontus_notas/2011-04-11/005228.html Consultada el día 22/04/2011.

³ 5 de mayo de 2011 <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2011/05/05/si-el-relato-no-se-inicia-este-21-de-mayo-las-encuestas-van-a-seguir-exactamente-iguales/> Consultada el día 15/05/2011.

político tiene patrones narrativos y que esto se debe a una tendencia de recurrir a éste para entender el mundo y dotarlo de significado.

A través de distintos relatos, la historia del quiebre democrático en Chile se transforma de un evento complejo a una simple lucha entre el bien y el mal —una lucha entre una revolución en democracia y una dictadura, según un relato; o un gobierno fracasado destinado a convertirnos en otra Cuba removido por las fuerzas de libertad y orden, según otro relato—. Esta capacidad de simplificación que tienen los relatos, los ha transformado en herramientas populares y poderosas, y es lo que ha contribuido a la popularidad del uso del relato en la política (Shenhav, 2006: 246).

Portales (2006), por ejemplo, ha demostrado cómo el relato de un país históricamente democrático ha servido para construir un relato mítico respecto el legado institucional y político de Chile. Como dice Bruner, los relatos “llevan a buenas historias, drama apasionante, versiones históricas verosímiles (aunque no necesariamente verdaderas), apuntando a la ubicación de las experiencias en un tiempo y un lugar” (Bruner, 1986: 13).

Es por ello que podemos decir que resulta ser más fácil depender de un relato, que de un análisis complejo y racional, cuyas conclusiones podrían no ser consistentes con nuestros prejuicios o ideas preconcebidas. Los relatos son, nos enseña Shenhav(2006: 246), intentos de moldear el presente a la luz de las lecciones del pasado. Según White (1980), el uso de estructuras de narrativa es una manera de ‘moralizar’ los eventos, es decir, de darles sentido.

Pero, por supuesto, como cualquier construcción el relato siempre surge desde una perspectiva en particular. Como una herramienta de simplificación, en pos de darle sentido a procesos históricos complejos, lo que se elige incluir o excluir establece, al final, un punto de vista en particular (Shenhav, 2006: 248). Por cierto, desde Heidegger hasta Habermas existe una larga tradición de interpretación de discurso y de asignación de valores.

Pero el reclamo de Longueira y otros tiene que ver con otra cosa, con la falta de un *marco* a través del cual un gobierno —cualquier gobierno— logra expresar sus intenciones en cuanto a política pública, ideología, o lo que sea. Marcos que nos permitirían construir percepciones e interpretaciones con objetivos específicos (Snow y Benford, 1988); esquemas cognitivos diseñados para moldear visiones en común.

Entendidos así, los relatos no aparecen de la nada. Son construcciones, y en caso de los relatos políticos, son construidos en medio del actuar político (Shenhav, 2006:

248). Dado que los relatos son construcciones particulares sobre la realidad, pueden existir tantos relatos como actores políticos –formales o informales– existan. De esta manera los relatos compiten entre sí, porque mal que mal, el objetivo final de todo esto es el impacto que se genera en la gente, de manera que esta competencia se da por una “captura” del apoyo de la gente.

Esta interacción, entre el que diseña un relato y el público al que está destinado, no asegura un resultado único, ya que el público también es subjetivo y puede entender el mensaje de otra manera, es decir, lo que la audiencia recibe puede ser otra cosa. Este juego entre construcción y recepción implica –como si ya no lo supiéramos– que los relatos no reflejan, al fin del día, ni una verdad, ni necesariamente una realidad, política (Shenhav, 2006: 249).

Dado este contexto teórico, ¿efectivamente, le falta relato a este gobierno?

Ya que estamos ad portas del segundo discurso de 21 de mayo del Presidente Piñera, cabe revisar su discurso del año pasado. Se hace inmediatamente evidente una carencia de una línea conductora, sin duda debido en parte a la extensión de la oración. Se habló del terremoto, de la unidad nacional, de la delincuencia, de las PYMEs, de salud, de educación. Estos temas, y más, se pueden resumir, como se ha comentado hoy día, en siete grandes ejes. Pero relato no hubo. En un momento se pensó que éste iba a ser el gobierno de la reconstrucción, pero de reconstrucción se dejó de hablar después del 21 de mayo, cuando surgieron el Campeonato Mundial de fútbol, el rescate de los mineros, el Bicentenario (¿alguien se recuerda del Bicentenario?), y pronto se llegó al fin del año.

El 2011 fue marcado por altos niveles de crecimiento y la generación de nuevos empleos, pero también por una creciente inflación, junto con una completa relación entre gobierno y oposición, entre gobierno y algunos movimientos sociales y una caída sostenida en niveles de apoyo popular, lo que inspiró a Longueira a filosofar en voz alta respecto el relato. Pero puede ser que Longueira ni siquiera se haya dado cuenta de la problemática más intensa que él mismo presentó. La falta de relato es síntoma de algo más profundo y moderno, o postmoderno: la dificultad en obtener y sostener un relato es en gran medida producto de la desaparición de las grandes ideologías.

Porque todo lo que se describió al comienzo, del marco a través del cual se presenta o interpreta el actuar de un gobierno, la manera en que se entiende lo que se está

tratando de hacer o comunicar, todo eso que es el relato, en el pasado se transmitía a través de la ideología, si se entiende por ideología “un sistema de ideas y de juicios, explícita y generalmente organizado, que sirve para describir, explicar, interpretar o justificar la situación de un grupo o de una colectividad y que, inspirándose en gran medida en ciertos valores, propone una orientación precisa para la acción histórica de ese grupo o de esa colectividad” (Rocher, 1968: 127).

Cuando las ideologías están presentes, por lo tanto, es raro escuchar hablar de relatos o la falta de tal. Nadie acusa a Hugo Chávez o Fidel Castro de haber carecido de relato.

Pero entendemos que lo que fue alguna vez el objetivo de la política, y de los partidos políticos –canalizar las demandas y movimientos sociales que surgían desde conflictos estructurales que resultaban del proceso de modernización– es mucho más difícil lograr en la política postmoderna. En algunas sociedades, nos enseñan Bartolini y Mair (1990), estas demandas políticas más bien materialistas se transformaron en demandas mucho más difusas, ligadas a identidades, como etnia o religión, o valores (el aborto, el divorcio, el derecho a andar con armas de fuego por todas partes, el matrimonio homosexual, etc.).

El relato de gestión de Piñera se puede entender en este contexto; habiendo intentado dejar de lado la ideología –algo que le complica internamente a su coalición– a favor de la gestión. La frase que representa gran parte de la campaña de Piñera para llegar a la presidencia fue “la nueva forma de gobernar” que englobaba la idea de un gobierno eficiente, de hacer las cosas bien, que en última instancia “desate las fuerzas de la libertad, la innovación, la creatividad y el emprendimiento, ubicándonos nuevamente en la ruta del crecimiento y la prosperidad” (Piñera, 2009).

El programa de gobierno determina que esta nueva forma de gobernar consiste en cuatro puntos: el primero, relacionado con la Presidencia, donde el presidente sea “todo terreno”, que esté presente “las 24 horas del día por 7 días a la semana”. El segundo punto corresponde al “fin de cuoteo político”, de terminar las “malas prácticas” propias del desgaste que sufrió la Concertación después de 20 años: “El Estado no será más un botín de guerra ni será capturado por los operadores políticos. Los cargos serán asignados por capacidad y experiencia y no por favores”. En otras palabras “Gobernar con los mejores”. El tercer punto se refiere a “reimplantar la cultura de hacer las cosas bien para la gente y no para las noticias de la televisión”, y por último –el punto más difuso quizás– es el de “imponer el sentido de la urgencia”, específicamente en el actuar del gobierno en cuanto a los “principales temas” que aquejan al país.

Es evidente que, desde la campaña presidencial en adelante, existió un relato de gestión, de, en las palabras del documento citado, “hacer las cosas bien”. El problema al que apunta Longueira, entonces, no es que no hubo relato, sino, tal vez, que no es el relato adecuado. Que no es un buen relato. La gestión no mueve las masas. Las personas se emocionan a favor o en contra del derecho al aborto; nadie se emociona por la buena gestión. Se *espera* una buena gestión. Es simplemente parte de la “pega”. Es como si un restaurante pusiera un letrero diciendo “¡Coma acá, nuestro cocinero se lava las manos!”.

Conclusión

Hay algunos políticos cuya trayectoria personal se convierte en relato. Sin duda que Michelle Bachelet y Nelson Mandela, personajes políticos muy distintos, cuentan con historias personales que se pudieron transferir a un plan de acción político. Biografía se convierte en relato, y relato en poder.

El ex asesor de la Presidenta Michelle Bachelet, Francisco Javier Díaz (2011), ha observado que todo discurso, toda declaración pública, e incluso toda política de la Presidenta se enmarcaba dentro de lo que era su relato-biográfico: mujer, madre, doctora, víctima de la dictadura, etc. Bachelet reemplazó la fuerza de la ideología con la fuerza del personaje, y su relato surgió de su personaje.

Este es el problema de fondo en el gobierno de Piñera: La conexión entre relato y personaje. Porque relato ha habido. Primero, claramente, tanto en la campaña como en el primer año de gobierno, el relato ha sido uno de gestión, de “hacer las cosas bien”. Y en el último tiempo, a través de un paquete de proyectos de ley incluyendo el postnatal y la reducción del 7% que pagan los jubilados, se ha intentado introducir la idea de la Agenda Social, claramente apuntando a lo que podríamos llamar “refugiados desencantados” de la Concertación.

Pero el personaje del presidente no logra encantar, ni generar un relato. Si recurrimos nuevamente a la encuesta Adimark sobre la evaluación de las características que le atribuyen al presidente, estas muestran que en la mayoría de ellas la gente piensa que el presidente tiene mucho o algo de esas características (se considera que es activo y enérgico, cuenta con autoridad, capacidad para enfrentar situaciones de crisis, cuenta con capacidad para solucionar problemas del país, cuenta con liderazgo y es respetado, siendo estas tres últimas las que se encuentran en el rango de 50%). Sin embargo, hay tres categorías de las cuales la mayoría piensa que el presidente carece (que se refieren a si es querido, si genera confianza y si es creíble). Considerando los resultados, se puede

decir que los votantes piensan que el presidente tiene capacidades propias de un líder, pero aun evaluando algunos aspectos de manera positiva, no se transfiere el apoyo a la evaluación de su gestión, de su evaluación de cómo conduce su gobierno.

Pareciera que los aspectos que se evalúan positivamente son propios de un empresario. Esto sugiere que el relato, en vez de intentar ocupar espacios de la1(de 56. apr)20(.152)EJ0 T

- Kinder, Donald R. & Kiewiet, Roderick (1979). "Economic Discontent and Political Behavior: The Role of Personal Grievances and Collective Economic Judgments in Congressional Voting". *American Journal of Political Science*, Vol. 23, N°3, pp. 495-527.
- Piñera, Sebastián (2009). *Programa de Gobierno para el Cambio, el Futuro y la Esperanza 2010-2014*. Santiago: Coalición por el Cambio.
- Portales, Felipe (2006). *Mitos de la Democracia Chilena*. Santiago: Catalonia.
- Radio Cooperativa (2011). *Longueira: El Presidente Piñera y el Gobierno no tienen un relato político*. Noticia correspondiente al 11/04/2011 http://www.cooperativa.cl/longueira-el-presidente-pinera-y-el-gobierno-no-tienen-un-relato-politico/prontus_notas/2011-04-11/005228.html
- Shenhav, Shaul R. (2006). "Political Narratives and Political Reality". *International Political Science Review*, Vol. 27, N°3, pp. 245-262.
- Snow y Benford (1988). "Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization". En Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.). *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*. Greenwich: JAI Press.
- The Clinic (2011). *El relato ausente: Longueira responde a Larroulet*. Noticia correspondiente al 18/04/2011 <http://www.theclinic.cl/2011/04/18/el-relato-ausente-longueira-responde-a-larroulet/>
- White, H. (1980). "The Value of Narrativity in the Representation of Reality". En W.J.T. Mitchell (Ed.). *On narrative*. Chicago: The University of Chicago Press.

